



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 10

13.12.2020

DOMINGO DE LA 3ª SEMANA DE ADVIENTO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Isaías (Is 61, 1-2a. 10-11).
Salmo Responsorial	San Lucas (Lc 1, 46-48. 49-50. 53-54).
2ª Lectura	De la 1ª Carta del Ap. San Pablo a los Tesalonicenses (1Tes 5, 6-24).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (Jn 1, 6-8. 19-28):

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz.

Y éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a que le preguntaran: «¿Tú quién eres?». Él confesó y no negó; confesó: «Yo no soy el Mesías».

Le preguntaron: «Entonces, ¿qué? ¿Eres tú Elías?». Él dijo: «No lo soy». «¿Eres tú el Profeta?». Respondió: «No».

Y le dijeron: «¿Quién eres?, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?». Él contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías».

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?». Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

ENCUENTRO CON JESÚS:



Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

Juan el Bautista era un testigo de la luz. Podía reconocer la verdad sobre sí mismo y su rol. Era un profeta, y estaba en continuidad con los profetas, pero no era el Mesías. La misión de Juan fue introducir a Jesús y ayudar a la gente a estar lista para reconocerlo a Él. Juan trabajó en el desierto e introdujo una nueva era desde allí.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración:

1.- El misterio de la Oración

Audiencia General, miércoles 6 de mayo de 2020.

Hoy comenzamos un nuevo ciclo de catequesis sobre el tema de la oración. La oración es el aliento de la fe, es su expresión más adecuada: Como un grito que sale del corazón de los que creen y se confían a Dios.

Pensemos en la historia de Bartimeo, personaje del Evangelio, os lo confieso, para mí el más simpático de todos. Era ciego y se sentaba a mendigar al borde del camino en las afueras de su ciudad, Jericó. No es un personaje anónimo, tiene un rostro, un nombre: Bartimeo, es decir, “*hijo de Ti-meo*”.

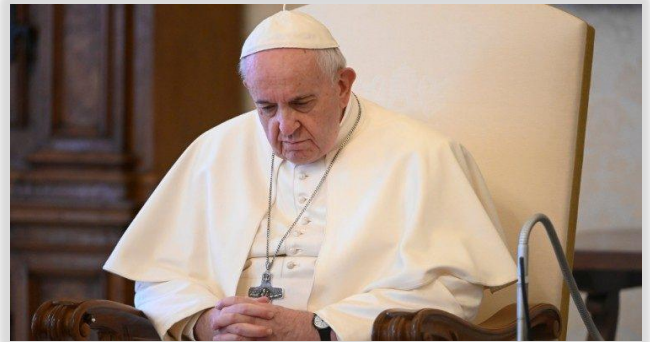
Un día oye que Jesús pasaría por allí y se pone a la espera: hará todo lo posible para encontrar a Jesús. No ve; no sabe si Jesús está cerca o lejos, pero lo siente, lo percibe por la multitud, que en un momento dado aumenta y se acerca...

Pero está completamente solo, y a nadie le importa. ¿Y qué hace Bartimeo? Utiliza la única arma que tiene: su voz. Y a gritar con fuerza: «*Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!*»

Sus gritos repetidos molestan, no resultan educados, y muchos le reprenden, le dicen que se calle. “*¡No molestes!*”. Pero Bartimeo no se calla y grita todavía más fuerte: «*Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!*»

Y Jesús escucha su grito. La plegaria de Bartimeo toca su corazón, el corazón de Dios, y las puertas de la salvación se abren para él. Jesús lo llama. Él se levanta de un brinco y los que antes le decían que se callara ahora lo conducen al Maestro. Jesús le habla, le pide que exprese su deseo y entonces su grito se convierte en una petición: “*¡Haz que recobre la vista!*”. Jesús le dice: «*Vete, tu fe te ha salvado*».

Es su fe la que atrae la misericordia y el poder de Dios. La fe es tener las dos manos levantadas,



una voz que clama para implorar el don de la salvación. La fe, como hemos visto en Bartimeo, es un grito; la no fe es sofocar ese grito es la actitud que tenía la gente para que se callara. La fe es una protesta contra una condición dolorosa de la cual no entendemos la razón; la no fe es limitarse a sufrir una situación a la cual nos hemos adaptado. La fe es la esperanza de ser salvado; la no fe es acostumbrarse al mal que nos oprime y seguir así.

Queridos hermanos y hermanas, empezamos esta serie de catequesis con el grito de Bartimeo, porque quizás en una figura como la suya ya está escrito todo. Bartimeo es un hombre perseverante. Alrededor de él había gente que explicaba que implorar era inútil, que era un vocear sin respuesta, que era ruido que molestaba y que, por favor, dejase de gritar...

En el corazón de un hombre hay una voz que invoca. Todos tenemos esta voz dentro. Una voz que brota sin que nadie la mande, una voz que se interroga sobre el sentido de nuestro camino aquí abajo, especialmente cuando nos encontramos en la oscuridad: “*¡Jesús, ten compasión de mí! ¡Jesús, ten compasión mí!*”. Hermosa oración.

Pero ¿acaso estas palabras no están esculpidas en la creación entera? San Pablo dice que toda la creación “*gime y sufre los dolores del parto*” (Rom 8,22). Los artistas se hacen a menudo intérpretes de este grito silencioso de la creación, que pulsa en toda criatura y emerge sobre todo en el corazón del hombre, porque el hombre es un “*mendigo de Dios*”.

Hermosa definición del hombre: “*mendigo de Dios*”.

III. LA MEDICINA PALIATIVA ANTE LA ENFERMEDAD TERMINAL (2)

Para la mayoría de las personas, «morir con dignidad» significa morir sin dolor; morir a su tiempo natural, sin que se prolongue de forma innecesaria la vida; morir rodeado del cariño de la familia; morir habiendo sido informado adecuadamente, eligiendo, si se puede, el lugar (hospital o domicilio) y participando en las decisiones importantes que le afecten; morir con la ayuda espiritual que precise.



El derecho a «morir con dignidad» incluye: -No sufrir inútilmente; -Que se respete la libertad de conciencia; -Conocer la verdad de su situación; -Participar en las decisiones acerca de las intervenciones a que se le haya de someter; - Mantener un diálogo con los médicos y familiares; - Que sea respetada su privacidad; - Dejar resueltos los asuntos fundamentales para su vida; -Recibir asistencia espiritual, si la solicita.

Uno de los derechos del enfermo es el de no sufrir innecesariamente durante su enfermedad. Pero la experiencia nos muestra que el enfermo, especialmente el enfermo en fase terminal, experimenta, además del dolor físico, un sufrimiento moral intenso, provocado por la proximidad de la muerte y la esperanza de seguir viviendo. La obligación del profesional sanitario es suprimir la causa del dolor físico y en la medida de lo posible su sufrimiento psíquico colaborando con la familia.

Frente al dolor físico, el profesional de la sanidad ofrece la analgesia; frente a la angustia, ha de ofrecer consuelo y esperanza, y ha de procurar que no falte el acompañamiento de los seres queridos y la atención de los profesionales de la salud. La ética médica impone los deberes positivos de aliviar el sufrimiento físico y moral del moribundo, de mantener la calidad de la vida que declina, de respetar la dignidad de todo ser humano. Para los creyentes, la dimensión espiritual y trascendente es particularmente importante y por eso debe ser ofrecida también en las instituciones sanitarias.

La idea recurrente del dolor como problema intratable que forzaría a la eutanasia no se ajusta a la realidad: siempre existe la posibilidad de abordarlo, aunque en algunos casos sea solo con el recurso de la sedación paliativa. En cuanto al tratamiento del dolor en muchos casos, es necesario un especialista que sepa qué medicamentos combinar, pues las posibilidades no terminan cuando se ha recurrido a la morfina o derivados. Diversas combinaciones pueden resolver problemas que no se solucionan solo con analgésicos, y esto se puede afirmar también de los demás síntomas, entre los que cabría destacar la disnea (la sensación de ahogo al respirar).

El Papa Pío XII en 1957, en un discurso al IX Congreso Internacional de Anestesiología, afirmó que es lícito recurrir a los analgésicos para el tratamiento del dolor en los enfermos graves o en situación terminal si no hay otros medios y si ello no impide el cumplimiento de otros deberes religiosos y morales, aunque se pudiera derivar un posible acortamiento de la vida del enfermo. La bibliografía médica ha estudiado esto y ha comprobado que la morfina no acorta la vida de los pacientes, si se emplea para tratar el dolor en una dosis adecuada (que puede ser muy alta); ese efecto no se produce. Es cierto también cuando se emplea para el alivio de la disnea de modo que, con la dificultad respiratoria, el paciente respira y se oxigena mejor con morfina que sin ella.

Si a esto sumamos los sistemas modernos de administración, controlados electrónicamente, se puede tener la garantía de que esos efectos indeseados no se van a producir, pues la dosificación será la adecuada para ese paciente. Si se ha empleado para tratar un dolor que termina desapareciendo, no debe crear adicción.



PECADO Y SANTIDAD

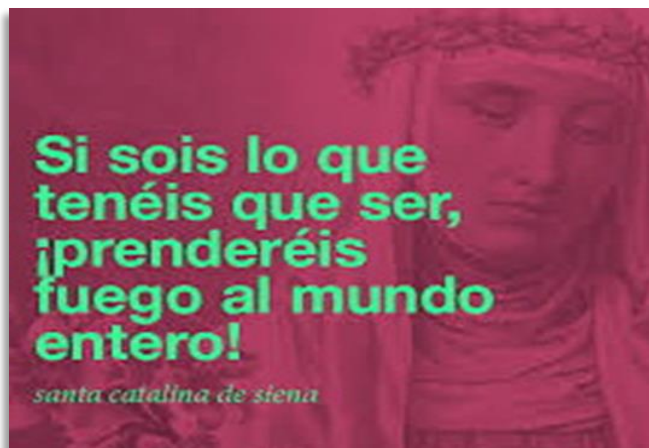
Cuántas veces te habrá herido este slogan:
«¡los cristianos no son mejores que los demás!»

¿Qué dices a eso? La Iglesia que, según el plan de Dios, tiene por misión santificar a la humanidad, tiene sus fallos. Si, desde hace ya algunos siglos, tenemos la dicha de ver en la cátedra de Pedro papas dignos por su virtud de ser modelos para la grey confiada a sus cuidados, sabemos muy bien que no siempre fue así, ya que de los 266 papas que ha habido, incluido el papa Francisco, al menos ocho fallaron gravemente en su misión y testimonio, pero a cambio 81 de ellos han sido santos, canonizados. Hay que reconocer los hechos humilde y lealmente.

Y así fue desde los orígenes de la Iglesia: el Evangelio mismo no ha omitido el relato de la incredulidad de Tomás, de la traición de Judas, de la triple negación de Pedro. Y así será hasta el retorno del Señor: «Es forzoso, ciertamente, que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene!» (Mt 18, 7).

La realidad profunda de nuestra Iglesia no puede ser captada sino con una mirada filial, una mirada de cristianismo adulto. Desde fuera, el extraño no ve más que a los hombres que componen la Iglesia; no percibe sino sus gestos exteriores. Pero la mirada de la fe es más profunda.

Recientemente Roy Schoeman (judío, profesor de Harvard, primero fervoroso judío, después ateo y posteriormente convertido al catolicismo, después de haber pasado por circunstancias muy especiales), en una conferencia dada en Nueva Zelanda, decía: «Sólo hay una desventaja que un católico de cuna puede tener sobre un no católico; el peligro de ser católico es el de no ser consciente de lo que tienes que nadie más tiene, la ventaja de convertirte es que, como los



conversos que entramos desde afuera, es más fácil ver el don infinito de la Iglesia; pero lo que es más difícil de ver es cómo todos los demás se están muriendo de sed en el desierto excepto un católico que entienda las verdades de la fe, y que se encuentre al menos ocasionalmente en estado de gracia”.

La voluntad de Cristo fue confiar a los hombres el cuidado de transmitir su mensaje, de comunicar su santidad, de continuar su presencia. Por eso, la Iglesia es a la vez Cristo y nosotros mismos. Es una sociedad humano-divina, es a la vez la fuerza santificante de Cristo y la masa humana que ha de ser transformada. No descubrir el misterio interior, ya que Cristo está detrás de la realidad exterior que somos nosotros, es estar ciego. Bajo la corteza seca de los sarmientos corre, invisible y vivificante la savia de la vida.

El que hoy día niega el misterio interior de la Iglesia porque tropieza con las células que forman su epidermis rugosa, tampoco hubiera reconocido a Dios en Jesucristo en los tiempos de su predicación. «**La Iglesia es Jesucristo que se extiende y se comunica por medio de los hombres.**» (Bossuet).

Fichas de cultura religiosa de Pierre Dentin y un equipo de párrocos. Continúa D.m. la próxima semana.